

Daniel 1:1-7: experiencia de lectura transcultural

II Congresso Internacional da Faculdades EST

Sao Leopoldo, Brasil, 8-12 de septiembre 2014

“Religião, mídia e cultura”

Mesa: Lectura Intercultural de la Biblia

Néstor O. Míguez

Daniel 1:1 En el año tercero del reinado de Joacim rey de Judá, vino Nabucodonosor rey de Babilonia a Jerusalén, y la sitió. 2 Y el Señor entregó en sus manos a Joacim rey de Judá, y parte de los utensilios de la casa de Dios; y los trajo a tierra de Sinar, a la casa de su dios, y colocó los utensilios en la casa del tesoro de su dios. 3 Y dijo el rey a Aspenaz, jefe de sus eunucos, que trajese de los hijos de Israel, del linaje real de los príncipes, 4 muchachos en quienes no hubiese tacha alguna, de buen parecer, enseñados en toda sabiduría, sabios en ciencia y de buen entendimiento, e idóneos para estar en el palacio del rey; y que les enseñase las letras y la lengua de los caldeos. 5 Y les señaló el rey ración para cada día, de la provisión de la comida del rey, y del vino que él bebía; y que los criase tres años, para que al fin de ellos se presentasen delante del rey. 6 Entre éstos estaban Daniel, Ananías, Misael y Azarías, de los hijos de Judá. 7 A éstos el jefe de los eunucos puso nombres: puso a Daniel, Beltsasar; a Ananías, Sadrac; a Misael, Mesac; y a Azarías, Abed-nego.

Redescubrirse en las Escrituras

El origen de esta reflexión está en un episodio ocurrido años atrás, cuando comenzábamos con la experiencia de la Escuela Bíblica con el pueblo Qom, en Va. Río Bermejito, en la Provincia del Chaco, Argentina. En el programa de esa semana correspondía estudiar el libro de Daniel. Como de costumbre, leímos el primer capítulo en castellano y en lengua Qom (Qom-laqtak), para introducir el libro del profeta y ubicar sus datos generales. Pero luego de hecha la lectura, y volviendo a repasarla verso por verso en el cotejo de la traducción, no pudimos pasar de esos primeros siete versículos por varios días. Es que, concluida la lectura, nos dimos cuenta que no era la descripción de lo que había ocurrido en Judá hacía casi 2600 años, sino que, cambiando un par de palabras, era lo que había ocurrido con el pueblo Qom no hace más de un siglo, y cuyas consecuencias y dolores seguían totalmente presentes hoy.

Era la historia del exilio, del exilio en propia tierra. Era el relato de un modo de conquista y dominio que ellos conocían, narrado, no ya por un profeta de otro pueblo, sino por sus propios abuelos. Historia, lengua, cultura, poder, y hasta el modo de alimentarse, como ocurría con Daniel, tenían que contarse desde la experiencia de lo vivido, de lo sufrido. Para ellos el retorno no había ocurrido, y la lucha por la tierra, por la identidad, por el derecho a contar su propia historia en su propia lengua, seguía estando presente. Más cuando, en el curso de la conversación, incorporamos los datos de que Daniel es un libro bilingüe, escrito en parte en la propia lengua y en parte en la lengua del conquistador, por un lado, y de la experiencia entre los exilados y el pueblo de la tierra, que quedó cautivo en sus antiguos territorios, pero sometido a servidumbre e imposiciones, a

explotación y maltrato. Incluso con los relatos de algunos que heroicamente resistieron y otros que pronto se acomodaron a las exigencias de los invasores.

Fue un modo de sentir que la Biblia no es un libro totalmente ajeno. Bien que de alguna manera impuesto desde la dominación cultural, y usado tantas veces para negarles su propia tradición, cultura, comprensión de lo divino, hay en ese libro páginas con las que pueden comenzar a identificar luchas que se corresponden con su propia experiencia y situación. La misma herramienta que se usó para oprimir podía colaborar en desmontar la máquina represiva y alentar el sentido de la propia dignidad. Que una lectura abierta de la Biblia les ayudaba a redescubrir en ellos lo que, justamente con la Biblia como instrumento de dominación, se les había ocultado. Todo dependía que quien y cómo lo leía, de qué experiencias evocaba, de cuáles eran las correspondencias y correlatos que se proponían y descubrían, de cómo ese diálogo con los exilados de otrora ayudaba a pensar las consecuencias y modos de resistencia, y hasta los anticipos liberadores.

Para quienes no están familiarizados con la región, digamos que los Qom, junto con otros pueblos étnicamente vinculados (vilela, mocoí, pilagá, caduveo) ocuparon una zona boscosa, de monte xerófilo, que por sus características y por la oposición de la población aborigen fue llamada por los españoles “el Impenetrable”. De esa manera las consecuencias de la conquista se postergaron hasta bien entrado el siglo XIX. Algún intento más pacífico de los franciscanos en la región también fracasó, dejando solo algunas huellas en personajes míticos, y algún asentamiento en las fronteras de su territorio. El sometimiento de sus territorios y pobladores originarios ocurrió después de la consolidación del estado argentino y tuvo lugar hacia el último cuarto del siglo XIX (1875 en adelante). La última gran matanza de los Qom ocurrió en Napalpí, el 19 de julio de 1924, a manos de la Policía del Chaco, con la participación de estancieros blancos que habían ocupado el territorio. Murieron más de 200 aborígenes Qom y Mocoí (algunos elevan esa cifra a cerca de 1000). Al momento en que estoy diciendo esto aún vive una sobreviviente de esa masacre, Rosa Grillo su nombre en castellano, y que cuenta con 105 años. En los juicios que se originaron por esa matanza, y que recién se instrumentaron en el año 2014, ella brindó su testimonio de lo que ocurrió cuando tenía alrededor de 7 años.

En cuanto a su identidad religiosa, hoy la mayoría del pueblo Qom adhiere a cultos pentecostales. La evangelización católica fracasó entre ellos en varios intentos, pero el pentecostalismo prendió con fuerza a partir de 1940. La teología impuesta, entonces, fue de carácter fundamentalista, con un sentido evasivo, con un acento en la “segunda venida”. La Biblia fue más un artefacto cultural usado como objeto sagrado que leída como libro, ya que la gran mayoría desconocía el español, y menos aún la lecto-escritura. Con la urbanización de los Qom y su mayor escolarización eso fue cambiando, y hay hoy una traducción al Qom-laqtak revisada por los propios Qom.

El nombre de la ciudad capital de la provincia del Chaco, Resistencia, se origina en un intento del cacique vilela Leoncito de recuperar sus tierras, lo que fue

resistido por el Ejército argentino, que terminó asesinando al dirigente indígena. Se da el nombre a la ciudad por el hecho de haber resistido durante tanto tiempo las continuas incursiones de los aborígenes. Es decir, se celebra como resistencia la ocupación del territorio indígena, y no la lucha de ellos por sostener a sus pueblos e identidad. El nombre de la ciudad refleja la historia contada por el invasor. El libro de Daniel habilita a contar la historia desde el lugar del oprimido.

Historia y Mito, claves de lectura

Debo reconocer, ciertamente, que mi análisis proviene de observaciones hechas desde la cultura occidental, y por más que uno se empeñe en el diálogo intercultural o transcultural, siempre prevalecen ciertas categorías en el propio discurso, que por más que se revisen, modifiquen o adapten tienen una matriz sin la cual no podríamos pensar ni expresarnos.

A partir de este hecho, he visto al estudiar este texto bíblico con el pueblo Qom surgen como aparecen una serie de elementos que son significativos en las distintas y respectivas miradas, y que ponen de manifiesto espacios de diferencia y de diálogo. Una de las problemáticas que se hace evidente es la diferente concepción del tiempo y la historia. La misma idea de historia es un parteaguas en este tema.

Efectivamente, la concepción de la historia como un todo continuo, como secuencia de hechos con causas y efectos, como cronología que se hunde en los tiempos, no es parte de la cultura original Qom, y solo poco a poco, por la influencia de la cultura blanca y de la situación de opresión, van apareciendo algunas formas de registro más estables. Lo que nosotros llamamos historia, y lo que consideramos como hechos históricos, de lo que pude deducir de mi experiencia, solo se extiende hacia atrás en el tiempo por unas pocas generaciones, hasta donde se pueden recordar los testigos directos: en la medida en que hay descendientes directos que han conocido a los protagonistas o la situación, el hecho aparece con una significación que podríamos llamar histórica. Más atrás de ello se disuelven los datos y pasan a formar parte de sagas míticas, de relatos etiológicos, de actos legendarios sin referencia a tiempo, espacio o precisión alguna, en relatos multiversiónados según las diferencias locales, dialectales o clánicas.

Esto, en términos de lectura de la Biblia, lejos de ser un problema, abre muchas posibilidades, porque da claves que se acercan mucho a las formas de las narrativas bíblicas. Obviamente, el registro escrito fija formas que no siempre son permeables en las tradiciones donde predomina la trasmisión oral. Pero para el Qom no constituye un problema el tema de las fuentes del Pentateuco o que las versiones de la Resurrección sean diferentes en los cuatro evangelios canónicos. Les resulta muy fácil salir del fundamentalismo en el cual se les pretendió formar porque su propia cultura conoce que los relatos son diferentes según quien los cuenta, que hay más de una saga sobre un mismo hecho mítico, y que los relatos evolucionan a partir de cambiantes situaciones culturales.

Napalpí es historia, pero la vida del cacique Meguetzogochí ya se nutre de elementos míticos. Las formas de vida que tomaron los Qom en el Impenetrable, como construyeron sus espacios, el uso del fuego, su cosmovisión, solo se evoca en mitos. Pero hay algo más en la aproximación al mito que diferencia las culturas. Mientras que Occidente, ya desde Sócrates y decididamente con el Iluminismo, Freud incluido, y con los métodos histórico-críticos en la ciencia bíblica, busca interpretar el mito, entre los Qom es el mito el que interpreta la vida.

Por eso el relato de esos primeros siete versos de Daniel pueden ser entendidos como historia: son hechos similares a los que ellos mismos pueden contar de sus propios antepasados cercanos. Pero no pretenden que sea historia Noé, porque en sus propios relatos míticos hay hechos de destrucciones masivas de humanos y naturaleza (por el fuego, no por el agua) y de unos pocos que se salvan y reconstruyen la cultura. Por eso vale la pena recontar la historia, oponer la propia historia a la historia de los vencedores, pero no tiene sentido desconocer los mitos o los seres míticos. Allí el sincretismo y la ambivalencia resuelven la mirada cosmovisional, recuperando a la vez que adapta la fuente cultural.

Pero también, como en la dinámica de la Biblia, la historia de la opresión genera la esperanza escatológica. Así, según algunos relatan, Meguetzogochí, el último gran cacique general del que se cuenta la historia, ya mezclada con elementos legendarios, fue apresado por el Ejército argentino rompiendo un pacto de salvoconducto. Pero logró escapar y está escondido en algún lugar del Impenetrable (hoy debería tener más de 180 años). Cuando sea el tiempo propicio, dos palomas blancas se asentarán sobre la cumbre de algún descendiente del cacique. Esa persona será, entonces, la encargada de reunir nuevamente a los guerreros Qom para reconquistar sus tierras, y cuando el ejército esté formado, saldrá de su escondrijo Meguetzogochí en su caballo blanco para ponerse al frente y guiar el combate. Esto me lo contó un sobrino bisnieto de Meguetzogochí. Hay una historia de opresión pero también hay un Apocalipsis. Para ellos, la historia bíblica valida su esperanza; para mí, me da una nueva clave de lectura de textos difíciles de asimilar desde la cultura positivista de occidente.

Cambiar y subsistir, cuando la adaptación es a la vez resistencia

Les invadieron sus territorios, les ocuparon sus lugares sagrados y robaron sus utensilios, les impusieron una lengua extranjera, les cambiaron sus nombres y hasta su modo de alimentarse, se llevaron a sus mejores jóvenes. Los Qom podían señalar con detalles precisos como eso ha ocurrido también con su pueblo. El idioma materno se habla en la casa y se oculta en la escuela (solo hace unos años el gobierno aceptó la educación bilingüe). Es más, en los que migraron al ámbito urbano hasta hay quienes se niegan a enseñar la lengua originaria a sus hijos por miedo a la discriminación.

Nada de eso es inocente. La caza y la pesca, el marisqueo, solo proveen una parte mínima de la alimentación, el resto hay que conseguirlo en el mercado, por los planes sociales del gobierno o en la caridad de las ONG. Las chauchas de Algarrobo que se recogían gratuitamente en el monte hoy son reemplazadas por la harina de trigo que hay que comprar en el almacén del colono blanco. Los

algarrobos, en cambio, son talados para hacer muebles y aberturas que se venden en Buenos Aires, y en su lugar los grandes terratenientes plantan soja para exportar. La miel ya no se junta silvestre en el bosque, sino que se produce en colmenas para el mercado. La ropa hay que comprarla, no se teje en las casas. Igualmente, las artesanías no tienen por objeto aportar los utensilios necesarios para las ceremonias sagradas o la vida comunitaria. Yikas y canastos, objetos de cerámica, adornos y collares, y hasta los arcos y flechas se venden en los mercados o en las terminales de transporte para el turista ávido de souvenirs. El lugar social del artesano ha cambiado. Los documentos que emite el gobierno no admitían los nombres indígenas, aunque esto ha cambiado en los últimos años por las luchas por la identidad que han permitido una nueva legislación. Sin embargo, se siguen imponiendo los apellidos españoles y en la práctica los funcionarios se resisten a escribir los nombres indígenas. Mientras la medicina blanca cuenta de protección legal, los piogonak son consultados en secreto. El culto pentecostal permite recuperar algunas formas de las danzas rituales, y la glosolalia se asemeja mucho a las expresiones de las oraciones a los Nowet. En la cultura Qom, al igual que en el libro de Daniel, los sueños son el lugar de la revelación.

Todo esto muestra como se mezclan las formas de subsistencia y resguardo cultural a la vez que la adaptación a la nueva cultura envolvente. También ellos, como los deportados, deben velar por el delicado equilibrio entre la adaptación que permite la subsistencia y la resistencia que exige arriesgar la vida. Esta experiencia hace a la lectura bíblica, y el pasaje que hemos leído es un lugar privilegiado desde donde poder comentar y reflexionar sobre esta situación. La transculturalidad es el espacio del encuentro, de la disputa, del sincretismo.

En el caso Qom, la Biblia es un elemento de ese sincretismo, tanto como objeto como en cuanto texto. Suprimidos, al menos públicamente, los amuletos y fetiches tradicionales (dicho esto sin sentido peyorativo), la Biblia llenó ese lugar. Al culto se va con la Biblia en un bolso blanco, una especie de mochila adornada con cintas y flecos, que se carga en la espalda. Y probablemente no salga de allí durante toda la ceremonia. Se danza y se ora con ella en la espalda. Para la mayoría del pueblo Qom que participa de los cultos pentecostales ese es su contacto con la Biblia. Duerme con ella en la cabecera de su cama para que le inspire los sueños. Como en las antiguas prácticas religiosas Qom, danzas y sueños guían la experiencia mística, y la Biblia ha tomado su lugar de esa manera. El pastor (que muchas veces es también el piogonak) pone la Biblia sobre el cuerpo del enfermo para aliviar el dolor. Incluso en algún lugar se han quemado algunas hojas de la Biblia para que su humo, aspirado por el paciente, expulse el mal.

Pero en su texto también ha despertado al mundo Qom. Muchos textos han inspirado sus canciones, y la traducción ha permitido revisar y recuperar elementos lingüísticos que, de otra manera, hubieran estado prontos a desaparecer. Selecciones de textos bíblicos en Qom-laqtak se difunden a través de las radios comunitarias indígenas, y los pastores predicán sobre ellos en su lengua originaria, manteniendo así, entre otras cosas, viva la lengua y ciertas tradiciones. Y, como en el caso que estamos exponiendo, así como muchos otros

textos, han abierto los mecanismos de la memoria y de la crítica, de la reconstrucción de identidad en un ambiente hostil.

Por ejemplo, un ejercicio que hicimos en la Escuela Bíblica, a partir de este texto de Daniel, fue el de la recuperación topográfica. ¿Cuál era el nombre original, hoy caído en desuso, de las aldeas que se llaman “Fortín Lavalle” o “10 de Mayo”? , todos nombres asociados que los episodios de su sometimiento. Los jóvenes consultaron a sus abuelos, indagaron en la memoria colectiva, y hoy esos parajes vuelven a nombrarse como antaño. Algunos incluso han llevado peticiones para que se oficialicen los nombres anteriores en reemplazo de los impuestos por la violenta conquista. La lectura transcultural de la Biblia no solo es un ejercicio de religiosidad abierta o de empatía étnica, sino que toma, en este caso, proyección política.

Por eso, más que lectura intercultural prefiero hablar de lectura transcultural, y más que de inculturación prefiero aceptar la condición de lo sincrético. Las culturas, incluso la religiosa, se atraviesan en su conexión, y esto las moviliza. Claro está, como veremos más adelante, que esto también se relaciona con cuestiones de poder y hegemonía. No hay inculturación que no sea políticamente condicionada.

Lectura bíblica y poder: lo develado en la lectura transcultural

Lo que también muestra esta lectura son las formas del poder, las distintas concepciones del poder, los diferentes modos en que se construye, se ejerce o se confronta. Todo poder es relacional, es generado a partir de cómo los actores sociales disponen de capacidades y saberes, de fuerzas, recursos y controles, y como los ponen en juego en las relaciones mutuas. Leer la historia de una ocupación, de un saqueo, de una imposición cultural nos lleva a formular preguntas que ayudan a develar los mecanismos del poder: ¿Por qué destruyeron sus lugares de culto? ¿Por qué apropiarse de los utensilios religiosos? ¿Qué buscaban los invasores al llevarse los jóvenes más destacados? ¿Qué sentido tenía imponer una lengua? ¿Con qué propósito les cambiaron los nombres? ¿Tenía importancia la imposición de una nueva dieta alimentaria? ¿Qué pasó con los que no fueron deportados? Todas esas preguntas indagan sobre las múltiples facetas que toma el poder. Leídas a través del libro de Daniel apuntan a la propia situación del pueblo Qom, y los modos y sentido de la dominación a la que fuera sometido. Pero también permiten, por lo mismo, establecer estrategias de resistencia, de recuperación, de proyectar futuro.

Queda claro en la experiencia de Daniel y sus amigos que el uso de la fuerza no alcanza para establecer una hegemonía. La posibilidad de una resistencia cultural no descansa solo en poder contrarrestar el armamento del invasor, sino también en crear un espacio y tiempo interior, intracomunitario, donde sobreviva la identidad y la propia dignidad, para dar lugar a la esperanza de un futuro emancipatorio. Y que esa es también una forma de poder, una manera de gestionar el conflicto, una alternativa a la tentación suicida de oponer una fuerza militar débil a una mayor.

No digo que la lectura bíblica haya sido el único aporte que ha permitido esto; por cierto el proceso de politización, con sus aportes y vicios ha influido. También la creciente escolarización y el surgimiento de una clase Qom urbana les ha dado recursos que han jugado en esta lucha. Pero sí sabemos que la Escuela bíblica y la lectura de la Biblia en el diálogo transcultural les brindó un espacio de encuentro, reflexión, de puesta a prueba de convicciones y liderazgo, de aprendizajes múltiples. Esto redundó en que la mayoría de los dirigentes que se pusieron al frente de sus luchas reivindicatorias en la zona de Bermejito han pasado por la Escuela Bíblica, y hoy reproducen esas enseñanzas desde otros lugares: en la dirigencia de las asociaciones comunitarias, en la posibilidad de ser maestros bilingües, y en algunos casos también en la ocupación de cargos públicos y en el escenario político. Nada de esto ocurría 30 años atrás.

De hecho ha sido esa lucha cultural la que les ha permitido sus mejores logros: el reconocimiento de la educación bilingüe, con auxiliares y maestros nativos a cargo del estado; el uso de la propia lengua en juzgados, y la posibilidad de inscribir a sus hijos e hijas con nombres autóctonos; la recuperación legal de ciertas tierras, si bien aún el proceso no se ha completado. Otros logros surgen de la propia organización: la defensa de sus artesanos, la conducción de sus iglesias autónomas, independizadas del poder de los misioneros (en algunos casos más que en otros).

Por cierto que también desde otro lado debe leerse esta realidad. La cultura Qom, pasada por la conquista y el cristianismo, no es ni ya nunca será la de sus antepasados. Su economía no podrá volver al modo natural previo a la invasión. Aún la lengua incorpora voces y giros nuevos, producto del intercambio con otras lenguas y de las nuevas situaciones que se viven. Aún los relatos legendarios y los cuentos y leyendas son modificados para dar cuenta de los nuevos actores sociales, de circunstancias cambiantes. Daniel se hace amigo del eunuco del Rey para proteger a su pueblo, para resguardar su herencia. El joven zorro logra con astucia lo que el viejo tigre ya no puede conquistar. Y así logra domesticar al caballo, que antes era desconocido.

Pero también esta experiencia pone en crisis algunas de las tradiciones Qom. Así como leemos Daniel, también hay que leer Ester. Las mujeres Qom, en contacto con la relectura feminista de la Biblia, comienzan a cuestionar desde adentro formas establecidas y costumbres ancestrales que ahora sienten como imposiciones intolerables. Si Daniel resistió a su manera, Ester lo hizo a la suya. La lectura bíblica, liberada del prejuicio masculino con que la enseñaron los misioneros, se ha transformado en una crítica interna a ciertos aspectos de la cultura Qom. Ahora no desde las imposiciones de un poder externo, sino desde los reclamos de quienes, en la propia cultura, desafían, de alguna manera, las formas del poder que al interior de las propias comunidades postergaban a las mujeres, las relegaban o desconocían. Ahora hay mujeres que conforman las propias cooperativas de artesanos, que asumen la dirigencia de ciertos reclamos, que revalorizan su autonomía, que se lanzan a su propia carrera vocacional. Hay pastoras y diputadas, traductoras y maestras, ancianas cuyas opiniones pesan no

solo en el ámbito familiar, como ocurría antes, sino directamente en toda la comunidad.

Si hay un poder de la fuerza, y un poder político y económico, si hay imposiciones culturales, también hay, por otro lado un poder de la fe, una capacidad de resistencia y anticipación de lo nuevo. Un pueblo en busca de recuperar su dignidad, y con ello sus derechos y esperanzas, configura sus batallas culturales desde otro lugar, con otras herramientas, con un sentido renovado. Y, en el caso de los Qom, la lectura transcultural de la Biblia es un espacio que ha contribuido a crear esas herramientas, a sostener ese espíritu.